

Criterios.

La unión de todos los cristianos
ante el próximo Concilio Ecuménico.

Nuestra actitud ante los Cristianos separados

Emmo. Agustín, Cardenal Bea, S. J.

Las palabras que se transcriben a continuación llevan todo el peso y autoridad que les da el proceder de un eminente purpurado, del Emmo. Cardenal Bea, que se halla al frente del Secretariado Conciliar para la Unión de los Cristianos. Ellas sirven a maravilla, por venir de quien vienen, para concretar lo que en este problema de la unión puede y debe esperarse del próximo Concilio Ecuménico, y para que, descartadas las ilusiones exageradas de algunos soñadores, nos animemos los católicos a proceder con visión certera y realística a lo largo del camino real hacia la unidad.

He aquí un resumen de sus ideas:

¿Cuál ha de ser la actitud de los fieles ante los cristianos separados de Roma? Responde el Cardenal Bea: (1) No se trata de cerrar los ojos a la herejía y aceptar sus puntos de vista. (2) Pero tampoco se ha de huir de ellos, como de enemigos; (3) ni juzgarles personalmente culpables, sino más bien admitir su buena fe y tenerlos estima. (4) Hemos de excusar con caridad su actitud anticatólica; (5) pues esta disposición tolerante de los fieles católicos ayudará más a la unión; (6) lo mismo que los contactos entre los sabios de una y otra parte; (7) ya que los intentos anteriores fracasaron porque el clero y los fieles no estaban preparados para ello.

1.—No creo equivocarme al suponer que un cierto número de católicos, sobre todo de los que pertenecen a países en que no existe diversidad de religiones, experimentará alguna extrañeza, perplejidad y hasta confusión. Estos católicos se preguntarán: ¿Es que hemos de cerrar los ojos ante la realidad, como si estos hermanos nuestros no fueran víctimas de la herejía o del cisma? ¿Tendremos acaso que olvidar las fuertes palabras de San Pablo contra los herejes, contra los que “naufugaron en la fe” (1 Tim. 1,19), las fuertes expresiones de los Santos Padres y de los Concilios contra las herejías? ¿Tendremos tal vez, seguirán preguntándose, que aceptar la opinión de los que dicen que lo esencial es que cada uno viva su fe y sirva a Dios rectamente según dicha fe, sea ella la que fuere?

Esta extrañeza y perplejidad no solamente son comprensibles, sino que tocan un punto fundamental, una exigencia de la que no se puede prescindir al ponerse en contacto con los hermanos separados, o sea la **incondicional y completa adhesión a la verdad de nuestra fe**, tal como se contiene en la S. Escritura y en la Tradición, y nos la propone el Magisterio de la Iglesia. Ningún acercamiento a los hermanos separados, ningún trabajo por la unión debe alejarnos jamás de esta absoluta adhesión a la

verdad católica íntegra. Por tanto, cuando hablamos de estima y conocimiento entre los católicos y los hermanos separados, no se quiere decir, de ningún modo, aceptación de su punto de vista y de su fe.

2.—Una vez afirmado este punto esencial, hay que preguntarse: ¿Está acaso justificado que los simples fieles se distancien casi por completo de los hermanos separados? Esos textos de San Pablo, de los Santos Padres, etcétera, ¿por ventura se aplican a todos los hermanos separados sin distinción? ¿No tenemos, acaso, nada en común con ellos? ¿No hay vínculos entre ellos y nosotros? A estas preguntas debe responderse con un decidido no. Recordemos, ante todo, el hecho del bautismo. En virtud de éste —siempre que esté válidamente administrado— todo bautizado se convierte en miembro del Cuerpo Místico de Cristo, hermano de Cristo, y, por tanto, también hermano nuestro (cf. Rom. 12, 4s; 1 Cor 12; Eph. 1, 23; 4, 4; 5, 28 ss; Col. 1, 18, 24). El bautismo les da también todos los derechos a los auxilios de la gracia para vivir como cristianos e hijos de Dios. Por lo cual el Espíritu Santo obra también en sus almas y las guía y ayuda. Una prueba de esta acción del Espíritu de Dios la tenemos en esa intensísima nostalgia de unidad que está aumentando cada día precisamente en el mundo de los cristianos no católicos, la cual se atribuye explícitamente, en la conocida instrucción del S. Oficio sobre el movimiento Ecuménico, a la acción del Espíritu Santo, que opera en las almas de los hermanos separados (A.A.S. 42, 1950, p. 142). En el mismo sentido, la intención general confiada a nuestras oraciones en el mes próximo nos invita a pedir: “Que los bautizados en Cristo sigan con mayor diligencia los impulsos del Espíritu Santo”. Nótese el modo de hablar, tan general: “todos los bautizados sigan”. El Espíritu Santo obra, pues, en las almas de los bautizados.

3.—Sin embargo, algunos tendrán aún esta importante duda. Ciertamente es verdad esto del bautismo; ¿pero qué sucederá con los efectos del mismo, cuando el bautizado, al adquirir el uso de la razón y bajo el influjo de la educación, llegue a negar diversas verdades de nuestra fe y rechace someterse a la autoridad de la Iglesia? ¿No se hace de este modo personalmente culpable del gravísimo pecado de herejía y de cisma? Esta cuestión, en verdad, no es para considerarla con ligereza. Quien conscientemente, con pleno conocimiento de causa, acepta la herejía y niega su obediencia a la Iglesia, comete ciertamente un pecado gravísimo y no se verá libre de él si antes no se retracta de tan grave acto. Pero, ¿es éste el caso de todos nuestros hermanos disidentes? La gran mayoría de éstos se encuentran con esta herencia que les han transmitido sus antepasados. Al aceptar conscientemente tal herencia, creen de buena fe que se encuentran en el verdadero camino. ¿Quién se atrevería a negar esa buena fe, convirtiéndose así en juez de ellos y de sus responsabilidades? En verdad es más conforme a la realidad y, al mismo tiempo, a la justicia y a la caridad cristianas, el admitir en ellos esa buena fe, dejando, en casos particulares, el juicio a Dios solo, sin querer determinar o hacer estadísticas.

Si esto de admitir la buena fe nos resulta, acaso, difícil, acudamos a las enseñanzas del Nuevo Testamento y aprendamos de éste esa sobria y a la vez mansa y benigna actitud. El Nuevo Testamento está tan informado de las profundidades insondables del corazón humano que, por ejemplo, S. Pedro no tenía dificultad en decir a los cómplices de una decisión tan grave como la muerte del hijo de Dios: “Sé que obrasteis por ignorancia, y lo mismo vuestros jefes”. Y S. Pablo, hablando de su odio cuando perseguía a los cristianos, por el que se calificaba de “blasfemo, perseguidor

y arrogante", lo explica diciendo: "Obré así por ignorancia en mi incredulidad", y añade en seguida estas significativas palabras: "Por esto encontré misericordia" (1 Tim. 1, 13), como dando a entender que, al usar con él de misericordia, Dios mismo confirmó ese suave, benigno y manso juicio. Además, todas estas palabras no hacen sino imitar la divina mansedumbre de Jesús en la Cruz: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen". Pues bien, si esta enseñanza se aplica a unas acciones tan graves, ¡cuánto más no ha de aplicarse a la actitud de aquél que sencillamente acepta la fe que le han transmitido sus mismos antepasados y en la que ha sido educado! Por tanto, vamos por camino seguro y hasta divino cuando imitamos estos sublimes ejemplos, inspirándonos en esta doctrina en el modo de obrar con los hermanos separados de nosotros. Dicha doctrina se compendia en la conocida frase de San Agustín: "Se ha de aborrecer el error, pero se ha de amar a los que yerran".

Nada impide, pues, el que se practiquen, con respecto a ellos, todas las sublimes y profundas enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la estima que nos hemos de tener recíprocamente. Hemos de aplicar, por tanto, a

nuestra actitud con ellos el mandamiento de S. Pablo: "Honraos a porfía los unos a los otros" (Rom., 12, 10). Y también cuando escribe el mismo Apóstol a los Filipenses, exhortándolos a que tengan "los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús", o sea, los de aquella incomprensible humildad por la que El "se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres... y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz"; y este mutuo respeto debe llegar hasta el punto de que cada uno "tenga a los otros por superiores" (Fil. 2, 5-8,3). Esta enseñanza del Apóstol es eco fiel de la del Divino Maestro: "El que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo"; y esta divina doctrina fue confirmada con el divino ejemplo: "Así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir", y esto hasta el extremo de "dar su vida en redención de muchos" (Mt., 20, 26-28).

4.—**Confrontemos** ahora las sublimes enseñanzas del Nuevo Testamento con la realidad y ante todo con la realidad histórica. El conocido historiador de la Iglesia D. Rops habla de la "situación infinitamente dolorosa" de principios del siglo XVII, que "consagra aquella escisión de la cristiandad occidental que hemos visto realizarse poco a poco, iniciándose desde el siglo XIV. Los bautizados no se sienten ya hermanos, a pesar de los generales esfuerzos de algunos pocos hombres que, como S. Pedro Canisio, no quieren ver en los enemigos sino hermanos separados" (D. Rops, *Storia della Chiesa*, volumen IV, tom. II, Torino-Roma, 1958, p. 230 s.). Veamos algunos particulares detalles de esta dolorosa situación. Recordemos, por ejemplo, el hecho tan lamentable de que, en virtud del conocido adagio "cuius regio illius religio" (hay que adoptar la religión del propio país), se ha violentado la conciencia de muchos cristianos, imponiéndoles la religión de su jefe y olvidando así la sentencia de S. Agustín: "ninguno puede creer si no quiere" (In Ioann. Ev. tract. 26, 2; PL 30, 1607), porque la fe es esencialmente un acto libre. ¡Cuántas veces los cristianos pertenecientes a ésta o aquella confesión han creído que debían defender la verdad de su propia fe divulgando defectos, excesos, pecados, reales o imaginarios, de la parte contraria! Se ha creído que no podía darse nada, o casi nada, bueno, donde no existiese la verdadera fe en toda su plenitud.

5.—Para evitar cualquier equívoco, repetimos: no se trata de la actitud que hemos de tomar ante la verdad de nuestra fe —esto debe ser y conservarse absolutamente intangible— sino de nuestra actitud con los cristianos de fe distinta. Esta actitud ha de modelarse por completo según las enseñanzas del N. T. y, por tanto, en la humildad y profunda estima del prójimo, hasta considerarlo, como cristiano, superior a nosotros mismos. La historia enseña suficientemente cuán graves son los perjuicios causados por la ausencia de dicha estima y cómo por otra parte, **tal estima prepara eficazmente los caminos del Señor hacia la unidad.** En efecto, una actitud de respeto profundo abrirá las almas de los cristianos para llegar a encuentros no dominados por prejuicios y celos, sino serenos y comprensivos, e inspirados en la confianza recíproca. De esta manera, una y otra parte podrán darse cuenta del bien que posee la parte contraria e irse acercando poco a poco, primero en el círculo de las relaciones humanas, y más tarde también como cristianos con cristianos.

Cuanto hemos dicho, no sólo se dirige a países con religiones diversas, sino **también a los que tienen una grande mayoría de católicos.** Consideremos por ejemplo un país como Italia. Esta es visitada cada año por unos dieciséis millones de turistas. Fijándonos en los países de procedencia de estos turistas, podemos, desde luego, decir que por lo menos la mitad no son católicos. En otros países el número de turistas no será tan grande, pero será siempre notable y, por tanto, habrá también ocasiones de numerosos contactos. ¡A cuántos católicos se les presentará, pues, ocasión de tener contacto con tantos y tantos no católicos! Por tanto, es de gran importancia que estos encuentros lleven el sello de un espíritu de profunda estima recíproca. ¡Qué buena y cuán distinta opinión se formarán de los católicos, si encuentran en aquéllos con quienes traten, católicos de ejemplar y profunda vida de piedad y, sobre todo, personas verdaderamente humildes y respetuosas con los demás, aunque sean de religión distinta! ¡Cuántos prejuicios, heredados o recibidos con la educación, no caerán por tierra como consecuencia de tal impresión! Y este favorable cambio tendrá después sus ulteriores consecuencias, una irradiación sucesiva cuando los turistas regresen a sus respectivos países, donde igualmente, como fruto de sus experiencias, harán que desaparezcan muchos prejuicios y celos (1).

6.—En el campo de este mutuo conocimiento queda por señalar una forma particular de contactos entre los católicos y sus hermanos disidentes que merece y requiere una ayuda grande de oraciones por nuestra parte. Se trata de las **conversaciones entre teólogos especializados**, de una y otra parte. Dichas conversaciones hace ya tiempo que se tienen en algunas naciones y han producido frutos muy consoladores. No consisten esas conversaciones en disputas, como las que se tenían en el siglo XVI y siguientes, sino son conversaciones amistosas en un círculo reducido de especializados. La razón y el fin de ellas no es, evidentemente, como en las conversaciones políticas, el contraer compromisos sobre las materias de la controversia. Esto iría, efectivamente, contra la fidelidad a Cristo y a su doctrina. Se trata más bien de captar el punto de vista del otro y confrontarlo con el propio, para ver con más claridad en qué se está de acuerdo y en qué cosa se disiente, y de este modo poder orientar los propios estudios precisamente sobre este último punto y profundizarlo. En efecto, el largo período de separación — para las iglesias orientales se trata de casi mil

(1) No confundamos con estos turistas a nuestros "predicantes" americanos, que nos visitan con fines proselitistas exclusivamente. N. de la R.

años y para las de la reforma de cuatro siglos — ha hecho que las distintas confesiones avancen por caminos muy diversos, recibiendo variadísimas influencias y alejándose cada vez más las mentalidades respectivas de unos y otros. De aquí la enorme dificultad para entenderse, ya que hasta la lengua, o es distinta o, si es la misma, las palabras tienen muy distinto significado. Estas profundas diferencias de mentalidades, verdadera raíz de la separación y de muchas dificultades en los encuentros de unos y otros, sólo pueden superarse poco a poco, y escuchándose mutuamente con serenidad, respeto y amor.

El valor de tales conversaciones se deriva también de la gran estima que de ellas nacen nuestros hermanos disidentes. Por ejemplo, el Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias, en una resolución del mes de agosto de 1960, ha expresado explícitamente el deseo de que puedan continuarse tales conversaciones no oficiales entre los teólogos, y, a ser posible, hasta que aumenten en número. Se ve también la importancia de dichas conversaciones observando que se realizan entre profesores de universidad, que, como tales, por una parte, gozan de gran prestigio, y por otra, son los que forman las nuevas generaciones de ministros del culto, quienes, a su vez, transmitirán los frutos de tales conversaciones a los fieles. Si de este medio de las conversaciones no pueden valerse muchos, ciertamente que todos pueden contribuir con sus oraciones y con sus sacrificios a que el Espíritu Santo ayude con su especial asistencia a los que en ellas toman parte. Realmente, en pocas ocasiones se experimenta tanto como en ésta, en la que me atrevería a decir es palpable, la impotencia humana para superar las diferencias y, de aquí, la necesidad de la gracia. De este modo todos pueden ayudar para que estos coloquios de manera lenta, pero certera, reporten grandes frutos. Incluiremos también en esta súplica todos los Institutos nacidos en diversas naciones con el fin de promover el mutuo conocimiento entre los católicos y hermanos separados, tanto los de Oriente como los de Occidente. Igualmente incluiremos en la intención la súplica de que toda la ciencia teológica se haga cada vez más en espíritu de diálogo con los hermanos separados, es decir, teniendo en cuenta sus actuales opiniones, problemas y dificultades. Con esto, los estudiantes de teología llegarán a ser sacerdotes verdaderamente preparados para ayudar a las almas, sedientas de la verdad.

7.—La historia nos dice que se hicieron dos intentos, mejor dicho, dos uniones con las iglesias orientales. Una se realizó en el siglo XIII, en el Concilio Ecuménico de Lyon; la otra, en el siglo XV, en el Concilio, también Ecuménico, de Florencia. Ninguna de las dos se consolidó y mucho menos se conservó. ¿Por qué? La razón de ello fue, a lo que parece, porque fueron acordadas por las autoridades, sin que las grandes masas del clero y los fieles estuvieran preparadas internamente. Pues bien, el mejor modo de realizar tal preparación, al menos en los comienzos, es aquél de que hemos hablado, o sea la recíproca estima entre católicos y hermanos disidentes, y el progresivo conocimiento mutuo. No hay que ilusionarse con las perspectivas de la unión. Hay que superar verdaderas montañas. Urge, pues, comenzar una larga preparación. Además de la labor del Espíritu Divino de la unidad, se necesita la cooperación de todos los bautizados en un largo y paciente esfuerzo de todos para irse acercando poco a poco y comprenderse. El comienzo y la parte mejor de este trabajo es precisamente la recíproca y profunda estima.